

# EL RECUERDO

SEMANARIO DE LITERATURA Y VARIEDADES.

**Redactores.**—D. Heraclio C. Fajardo.—Dr. D. Fermin Ferreira y Artigas.—D. Juan B. Gomar.—D. Plácido Douclai.

**Colaboradores.**—Dr. D. Alejandro Magariños Cervantes.—D. Nicolas A. Calvo.—D. Domingo F. Sarmiento.—D. Palemon Huergo.—Dr. D. Luis Otero.—D. Héctor Varela.—D. Anjel J. Blanco.—Dr. D. Juan Cárlos Gomez.—D. Cárlos Augusto Fajardo.—D. M. M. T. (Tristan).

## REVOLUCION HISPANO-AMERICANA.

*Apuntes para la mejor inteligencia de la historia del Sr. D. Mariano Torrente.*

(CONCLUSION)

Desde los primeros capítulos de su historia, al hablar de todas las provincias y épocas regularmente favorables á la causa española, insiste, repite y descompone de mil modos las ideas contenidas en este período, para expresar con ellas siempre el mismo pensamiento, sin advertir que sus vaticinios nunca se cumplen, que los mismos resultados que describe le contradicen, y que aun antes de concluir la tarea que se ha impuesto, queremos decir antes de llegar á la fecha á que le place dilatar la lucha, diez pabellones libres flamean desde el Plata hasta el Pacífico, desde el istmo de Panamá hasta las márgenes del San Lorenzo.

No será estéril nuestra tarea, si con el fin primordial que nos propusimos al examinar rápidamente su libro, logramos precaver á los que no conocen los hechos, de la tergiversacion que hace de ellos, de las falsas ideas, falsas apreciaciones y puntos de vista todavia mas falsos de que está lleno. No sabemos que nadie en América haya emprendido una seria refutacion de él; porque el buen sentido y lo que han oido decir desde la cuna hasta los mas jóvenes é ignorantes, basta para que lo lean con recelo y le consideren solo por esta circunstancia, como un tejido de fábulas, como un violento desahogo del espíritu de partido, como una de tantas publicaciones del dia, que se escriben para halagar las pasiones del momento y que no es necesario combatir, porque llevan la muerte en su seno, semejantes

á esos insectos que en las abrasadas llanuras que riega el Amazonas hace el sol, en un dia de verano, brotar á millares al pié de los plátanos y mangueras, y mueren cuando el mismo astro desaparece tras las montañas.

Por nuestra parte, prescindiendo de lo que dejamos espuesto, no podemos sin injusticia desconocer en el referido escritor dotes que le recomiendan altamente. El espíritu laborioso é investigador, aunque frecuentemente ofuscado por torcidas interpretaciones en los sucesos contemporáneos, el buen método, la claridad y orden con que están divididos los sucesos de cada pais, su vasta instruccion, el estilo animado, á veces vehemente, siempre fácil y puro. Su intachable exactitud en la cronología de los acontecimientos, mérito no pequeño si se considera su inmensidad en el dilatado campo que recorre el historiador, y que hace de su obra una fuente donde están reunidos inmensos datos que ahorrarán á los futuros historiadores americanos y estrangeros no pocas vigiliias y laboriosas investigaciones. . . . Estas recomendables cualidades que nos complacemos en reconocerle, que han cimentado su bien merecida reputacion, nos hacen mas sensibles los cargos que nos vemos en la necesidad de dirigirle, porque sabemos por experiencia lo que cuesta la menor investigacion histórica cuando se escribe con conciencia, cuando en vez de dejarse arrebatar por el torbellino de la época, un autor estudia y medita



su asunto, y no lo vierte sobre el papel hasta que se cree en posesion de todo lo que puede disipar sus dudas, afianzar sus convicciones y disculparle ante la crítica mas severa. Pero está en la fragilidad humana el ser débil é inconsecuente, el dejarse arrebatado por falaces y transitorias impresiones. Los hombres mas sabios se equivocan á veces: el mismo Homero en medio de su inmortal epopeya, se duerme de cuando en cuando; y en este tiempo en que no se cree ya en la infalibilidad de nadie; en que todo se examina y analiza; en que se busca lo que es al lado de lo que era ó debia de ser, y nada pesan las preocupaciones ante la verdad ó el racionio, negar los hechos cuando contradicen nuestros sistemas, ó sus consecuencias cuando no se puede negar la existencia de ellos, es confesarse vencido, es declarar que toda discusion basada sobre la naturaleza de las cosas y la razon es imposible.

A pesar de alguna frase ofensiva que puede habernos arrancado el sentimiento de nuestras mas caras afecciones y recuerdos de patria, honor y libertad, tan cruelmente pisoteadas, creemos que esta ligerísima crítica está hecha como pide el autor: "*cara á cara y en regla, es decir, urbana y decorosamente, como conviene á gentes de honor.*" Grande será nuestra satisfaccion "*si considera como menor gloria la de deshacer victoriosamente nuestros argumentos, que la de vencer los punzantes estímulos de su amor propio, confesando sencillamente los errores en que ha incurrido y que estará pronto á rectificar en las siguientes ediciones.*" (T. III, pág. 618).

Confiados en su palabra, nos hemos permitido hacerle estas observaciones: él reconoce que "*las duras acriminaciones, siendo infundadas, deben producir el descrédito del historiador y la animaversion pública hácia él.*" (T. III, pág. 151). Por consiguiente, tenemos derecho para exigirle que no se muestre tan parcial, injusto, intolerante y poco generoso. Tenemos derecho de exigirselo, á él, que se manifiesta tan celoso, benévolo é indulgente en todo lo que concierne á su patria y á sus conciudadanos: á él, que al tener que hablar de las faltas y extravíos de algunos de sus paisanos, alega: "que todos sus vicios y defectos están sobradamente indicados, si bien con el decoro debido á los tiempos y á la modera-

cion y prudencia que es propia de su carácter, inclinado mas bien á merecer este cargo, que la nota de desvergonzado, descortés y violento." (T. III, pág. 603).

¿Por qué, aunque sea en una escala muy inferior y sin las preocupaciones del amor patrio, que disculpan al escritor hasta cierto punto, no ha de aplicar estos principios á nuestros hombres y á nuestras cosas? ¿Por ventura la verdad es un Proteo que toma todas las formas que quiere darle el pensamiento y se nos escapa cuando de buena fé la buscamos?

A nosotros nos parece tan despreciable y digno de vituperio Artigas *enchalecando* (1) á los españoles (Véase á Sarmiento, vida de Quiroga, pág. 73), como el general Ibero dando muerte con su propia mano á diez y ocho vencidos en la isla de la Margarita. (Vease á Torrente, T. II, pág. 351).

Nosotros no pedimos al señor Torrente que nos sacrifique sus convicciones, que se adhiera á nuestros principios, que alabe lo que realmente sea infucio. Le pedimos justicia y nada mas: ¿acaso es esto un esfuerzo superior á la naturaleza humana? Porque yo sea americano ¿he de desconocer, por ejemplo, la valentia de Boves, provocando á singular combate á Bolivar, poco antes de empezar la sangrienta batalla de la Puerta? ¿La fortaleza y el brio inquebrantable del general Latorre y sus soldados, prefiriendo morir sofocados entre el torbellino de humo y fuego de las sábanas abrasadas de las llanuras de Caracas, metidos en un gran pantano con el fango hasta la cintura, antes de entregar su espada? ¿La serenidad y arrojo del teniente Saenz con sesenta y cuatro infantes haciendo retroceder á mil cuatrocientos ginetes?

¿Porque yo sea americano me ha de parecer menos noble y generosa la conducta de Valdés perdonando á Barbarucho que habia atentado contra su vida y traicionado su con-

(1) Dábase este nombre en la guerra de la independencia á un suplicio diabólico inventado por el referido caudillo. Consistia en coser á los prisioneros desnudos y con la cabeza fuera dentro de un cuero de un novillo recién muerto, y en este estado dejarlo en la cima de un cerro ó *cuchilla*. Los rayos del sol iban secando poco á poco el cuero, cuando no engendraban la corrupcion y los gusanos, que devoraban viva á la víctima, ya estenuada y sin movimiento por el dolor, el hambre y la sed..... La imaginacion del lector suplirá los detalles de tan horroroso cuadro.



fianza? ¿menos dignos de elogio los desesperados esfuerzos de Rodil y su tropa, capitulando en el Callao cuando muchos de sus heroicos soldados apenas podian sostener el fusil con que se defendian? ¿menos honrosa, recomendable y digna de ser imitada la accion del comandante Sinosiain, cuando sorprendidos y envueltos los realistas entre Saldia y Chillan en un desfiladero, en vez de huir amedrentado, se arroja heroicamente con su escuadron desde la retaguardia sobre los vencedores, los desbanda y destroza, y abre paso á toda una columna que le debe su salvacion? ¿Porque yo sea americano no me ha de arrancar un aplauso involuntario, no he de simpatizar con la conducta de este digno compatriota do Pelayo, al contemplar que ya cuando todo se ha perdido, cuando el hosana triunfal resuena de un confin á otro del territorio antes español, y cuando ya ni siquiera es razonable abrigar la mas leve esperanza, él, seguido de 150 hombres se refugia entre los indios de las montañas de Arauco; y allí, privado de todo, en la mas completa desnudez, sin mas alimento que la carne de yegua y de caballo, atemperándose á las costumbres de los indios hace una resistencia tenaz y gloriosa por espacio de sesenta y nueve meses?

El señor Torrente, tan bien como nosotros sabe los ejemplos de valentia, nobleza, heroicidad y abnegacion patriótica que ilustran nuestros anales, y que pueden parangonarse con los que citamos.

Acabemos de una vez: nos olvidamos que escribimos un artículo: la materia es larga y resbaladiza y no es culpa nuestra si nos sobra el deseo y la voluntad de escudriñarla. Concluiremos, pues, haciendo notar al escritor que nuestra familia no debe á la revolucion mas que ruina, pesares y lágrimas: que á pesar de la superioridad que reconocemos en él, en cuanto á talento, instruccion y esperiencia, ciertamente no habrá examinado ni indagado, con mas buena fé y ardor que nosotros, las causas de nuestro desquiciamiento social; ni deplorado con mas vehemencia á la faz de todos el mal uso que hacemos de nuestra liber-

tad; ni vertido lágrimas mas sinceras sobre el infortunio que nos abrumba; ni perdido tal vez en la lucha alguno de sus deudos mas cercanos, ni visto desaparecer con la bandera española el esplendor de su casa, cuya fortuna era una de las mas pingües de América... y sin embargo, eso nada pesa en la balanza de nuestros juicios. Los infortunios de un pueblo, de una generacion, de una familia, de un hombre, hemos dicho en otra ocasion y repetimos hoy ¿qué son ante el bien y progreso de la humanidad?—Un grano de arena, una lágrima arrojada en la inmensidad del Océano.

Todos nuestros escritos y nuestra vida entera patentizan la sinceridad de esta creencia. Desde que pisé las playas del extranjero, he procurado siempre poner en consonancia mis actos con mis palabras. Un último sacrificio me faltaba que hacer, y lo hago con gusto, espontáneamente, sin necesidad y contra el consejo de mis mejores amigos. La suerte me sonreia en Europa despues de nueve años de constancia y laboriosidad; la existencia en Paris tiene muchos atractivos... pero mi patria mas desgraciada que nunca reclama el auxilio de todos sus buenos hijos, y allí voy sin otra esperanza ni otro anhelo que contribuir á su paz y ventura hasta donde mis fuerzas alcancen y en la humilde esfera de la inteligencia. Cualquiera que sea el destino que la suerte me reserve, jamás renunciaré á mi pais; á menos que él me rechace...

Así pues cuando estas líneas vean la luz, yo estaré, señor Torrente, muy lejos de las costas de Francia, (se lo prevengo por si quiere contestarme) navegando hácia el Rio de la Plata, en la misma disposicion de espíritu, con las mismas ideas y sentimientos que me dominaban al despedirme de Montevideo en 1846 en un largo canto que se publicó allí, y repitiendo ahora como entónces:

“Oh patria, antes de verte por siempre envilecida  
“Marcada con el hierro de servidumbre atroz,  
“Estréllese en las rocas mi nave maldecida  
“Y el huracan te traiga mi postrimer adios!”

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

Paris, 15 de Setiembre de 1855.



## LAS MAÑANAS DEL ESTIO.

Qué sublime placer ! qué dulce encanto !  
Al escuchar de trinatoras aves  
Los acentos suaves  
Del repetido y melodioso canto ;

Del maso arroyo y de la orquesta amada  
Que sin cesar repítense los ecos,  
En los cóncavos huecos  
De las peñas que forman la cascada :

De los gilgueros mil y ruiseñores  
La sonora y suave melodía,  
Con que loan al día,  
Que testigo va á ser de sus amores.

Qué gozo al ver la vespertina aurora  
Que tiñe con sus pálidos reflejos  
La nube que de lejos  
Con diva luz el horizonte dora.

Ya dilatado el corazon respira,  
Al recorrer la vista, de natura,  
La plácida hermosura  
Que absorto el hombre por do quiera mira.

De indefinible gozo ya estasiada  
Nuestra alma, cree ver en lontananza,  
La frágil esperanza  
Del inmenso placer que la anonada.

Entonces á los tiernos corazones,  
De la divina orquesta voladora  
La música sonora,  
Acarrea sin fin de inspiraciones.

Bullen y se rebullen en la mente,  
Ideas mil de la pasada gloria ;  
Y la sentida historia  
De la presente pena no se siente.

Y luego nos conduce el ardimiento,  
Que olvidar hace nuestras penas cien,  
Hasta el perdido Eden,  
En nubes impelidas por el viento.

Pero, oh ilusion ! el refulgente fuego  
Que nos lleva al Eden, no es otra cosa  
Que niebla vaporosa  
Que los rayos del sol disipan luego.

No es mas que una ficcion, un parasismo ;  
A la salida ¡ ay ! del rubio Apolo,  
Caemos del colo  
A confundirnos en profundo abismo.

### II.

Ya cesaron las dulces tonadillas,  
Y buscando la sombra en el bañado,  
Aléjanse del prado  
Las tiernas y canoras avecillas.

Ya del alegre y ambulante coro  
Que nos hizo olvidar nuestro quebranto,  
Cesó el sentido canto,  
Y á los placeres le sucede el lloro.

De la ciudad el tumultuoso ruido  
Que en gratas melodías olvidamos,  
Parece que escuchamos,  
En el inmenso espacio repetido.

La vista no se fija en los jardines  
Que siempre fuera su mayor consuelo ;  
Y no repara el suelo  
Cubierto de rosales y jazmines.

No conoce ¡ ay de mí ! que entre las flores  
Que cree dejar en la ciudad vecina,  
Una punzante espina,  
Renueva sus mortíferos dolores.

Su herida profundiza, herida impía  
De que un dia creyérase curado . . . .  
Mas todo fué soñado !  
Delirios de la loca fantasía !

Entra en la sociedad, ya los placeres  
Que creyera encontrar en el sociogo,  
Se sostituyen luego  
Con el amor fugaz, con los quehaceres.

Incesante dolor, fiero y profundo,  
Tan solo encuentra en la ciudad querida :  
Miserias de la vida !  
Miserias ¡ ay ! del miserable mundo.

¿ No es mejor el vivir entre aléies  
Y rosas de hermosísimos colores,  
Que no entre los fulgores  
De brillantes topacios y rubíes ?



¿De nubes que circuyen los espacios,  
Observar caprichosos los contornos,  
Mas bien que los adornos  
De jónicos y dóricos palacios?

Con sencillez vestida la zagala,  
Embelesarnos en su puro amor,

¿No es mil veces mejor  
Que el fátuo lujo y la pomposa gala?

Pero el hombre ¡infeliz! hasta que muere,  
Tan solo de esperanzas se alimenta;  
Rara vez se contenta,  
Y ninguna conoce lo que quiere.

FRANCISCO ORTIZ.

## CARNAVAL.

El carnaval es la comedia del género humano. Todas las clases de este entran en su ejecucion, y todas desempeñan un papel mas ó menos subalterno, mas ó menos superior.

La vanidad humana desaparece muchas veces durante el carnaval, para dar lugar aunque efímeramente á esa fraternidad universal tan anhelada y que solo en parodia vemos entónces realizada.

Y aunque no todos lo comprendan así, lo cierto es que durante las alegres carnestolendas la careta hermana al bombástico personaje con el bajo proletario, á la gran dama con la abyecta meretriz, al negro con el blanco, al grande con el chico.

De esta mezcolanza de clases y condiciones resulta una série de aventuras dignas de las observaciones del filósofo y de la ávida pluma del anecdotista, que nosotros copiaríamos si nos lo permitiera la magnitud de este periódico.

¡Cuantos de nuestros lectores no se sentirían comprendidos en lances idénticos á los que entónces les pondríamos de manifiesto en un cuadro sinóptico!...

Curioso es ver desde un alto mirador que domine un ángulo de la ciudad, las azoteas y calles cubiertas de gente de ambos sexos que se agita incesantemente, que salta, corre, vá y viene en toda direccion, unos á caballo, otros en carruagé, otros á pié, todos armados de proyectiles acuáticos que arrojan de una vereda á la otra, de la calle á los balcones ó azoteas, de las azoteas ó balcones á las calles.

Curioso es ver todo un pueblo como cojido por un acceso de locura, con el júbilo estampado en el semblante, el desórden en el porte, la jovialidad en el lábio, la puerilidad en la

conducta; ser testigo impasible de las mil ocurrencias á que dá margen el bendito juego de carnaval, unas risibles, otras serias; analizar finalmente con fria serenidad los resultados morales y físicos de este juego.

Ya es una jóven cuya azotea ha sido asaltada y que se debate en los brazos de sus frenéticos agresores, que no trepidan en estropear su pudor por estrellar una docena de olorosos huevos en su casto seno; que hacen frizas su vestido, desgredñan sus cabellos y machucan su cuerpo delicado.

Resultado físico:—diez dias de cama; un constipado; una pulmonía.

Idem moral:—tantos grados de deterioro de pudor y honestidad.

Ya es otra niña á quien un huevo arrojado con la fuerza de costumbre, ha vaciado un ojo ó lastimado la delicada mejilla. O bien una tercera que al arrojar una vasija de agua, resbala y váse con ella á la calle dándose muerte instantánea. Agréguese una série interminable de lances tan funestos y frecuentes como los que preceden, y se tendrá una idea de los resultados infalibles del juego del carnaval para el sexo de las gracias.

Para el otro no es menos fecunda en gajes de esta calaña la tal diversion carnavalesca.

Ya es un caballo que al estampido de una bomba espántase y dá con el gineté en el suelo; ya una vasija que se ha escapado de las manos que arrojaban el agua que contenía, y cae en la cabeza del enemigo causando en ella profunda ruptura; ó bien al dar un asalto, resbálase de una escalera y viénese lindamente al suelo, fracturándose una pierna, un brazo, &c. &c. &c.

Lances de esta naturaleza son tan frecuen-



tes, que no pasa un solo año en que dejen de tener lugar algunos ejemplos funestos, pero nada ejemplares por desgracia.

No comprendemos cómo una costumbre que está en abierta oposición con todo principio progresista y civilizador, que tiene en sí el sello de la mas remota antigüedad, pueda estar tan arraigada en nuestros pueblos á estremo de tachar de retrógrado y ridículo al que ose reprobarla y clamar por su abolición.

Nos referimos solamente al juego con agua; de ningun modo comprenderíamos el uso del disfraz,—no el abuso,—que da márgen á tan curiosas é inofensivas diversiones.

Creemos que fácilmente se podría abolir el juego con agua, sustituyéndolo por el dis-

fraz y el uso de cartuchos de gragea, ramos de flores, &c.

Ya lo mas culto del pueblo bonaerense ha dado en estos últimos años una prueba de ello; y creemos que limitando la autoridad, progresivamente, el espacio de tiempo en que se pudiera hacer uso del agua, insensiblemente se iría extinguiendo esta rancia costumbre, y se ahorrarian muchas catástrofes y una considerable suma de deterioro á la moral pública.

Désenos enhorabuena el epíteto que se quiere: nosotros hemos de ser siempre, como escritores, acérrimos enemigos de una costumbre retrógrada y selvática que no podemos menos de lamentar exista aun en las riberas del Plata.

H. C. F.

## DICHA Y AMOR.

A.....

R. . . . tú hoy me has dado,  
La dicha que buscaba,  
Para alejar de mi alma  
El llanto y el dolor;  
Y al fin de tanta pena  
Hallé lo que anhelaba,  
Sellando en tu alba frente  
Un ósculo de amor.

Mis lábios y los tuyos,  
Los ví yo confundidos,  
Sintiéndose que ardian  
Con fuego abrasador;  
Y nuestros corazones  
Mezclando sus latidos  
Juráronse constantes  
Un eternal amor.

Ese dolor terrible  
Que mi alma destrozaba  
Quitando á mi existencia  
Su brillo y esplendor:  
Tú hiciste concluyera  
Al ver lo que penaba,  
Trocando mi tormento,  
Por mágico dulzor.

Hoy corre mi existencia,  
En medio de venturas,  
De glorias y delicias,  
De célico placer:  
Y ayer entre tormentos  
Y horribles amarguras,  
Lloraba noche y dia  
Mi eterno padecer.

Cuán dulce és la existencia  
Que se halla embalsamada,  
Con solo las caricias  
De un adorado bien:  
Y en sus secretas horas  
Teniéndola abrazada,  
Sellarse los suspiros  
En una y otra sien.

¡ Alma del alma mia!  
Esta alma que te adora  
Jamás ¡ oh virgen pura!  
Se olvidará de tí:  
Jamás, mi dulce encanto,  
Te olvidaré ni un hora;  
Tu imájen adorada  
Perenne estará en mí.



Jamás, jamás, mi bella,  
Te olvidaré un momento ;  
Mi amor eternamente  
En mi alma existirá :  
Porque si muere un día  
Mi pobre pensamiento,  
Tu nombre hasta el empireo  
Esta alma llevará.

Yo sé que mi existencia  
Se concluirá algun día,  
Pero tu amor, R. . . ,  
Jamás se acabará ;  
Mi amor vívido, ardiente,  
Aqui en el alma mia,  
Cual llama inapagable  
Por siempre existirá.

E. L. D.

Noviembre 10 de 1855.

## SECCION JOGO-SERIA.

### FACES DE LA CIVILIZACION.

Todo tiene en el Universo su lado bueno y su lado malo ; el mismo sol que es el alma de cuanto existe, con sus rayos ardientes consume al mismo tiempo que vivifica. Tambien en el órden moral mientras el principio del bien tiende á la felicidad de la especie humana, el principio del mal la destruye ; y todo del mismo modo, como si fuera una ley divina que lo bueno tenga que luchar con lo malo desde lo mas elevado hasta el átomo mas insignificante de la creacion. Un ejemplo se nos ocurre porque lo observamos (que sino, quién sabe si se nos ocurriera, porque no presumimos de felices ocurrencias) ; nosotros que señalamos cada año con un nuevo sacudimiento político que envia al otro mundo un centar (por lo menos) de hombres, nos alarmamos con las noticias de ese viajero terrible del Universo cuyo hálito infestado diezma las poblaciones, y procuramos (por amor á la humanidad) tomar cuantas precauciones son posibles porque no venga á turbar la hermosura de nuestro puro cielo. Ya se ve pues como por un lado destruimos, como por otro conservamos, como ya estimulamos á la matanza en lindas proclamas, como ya dictamos preceptos de hijiene para hacer duradera la vida de los felices humanos.

Y si todo es asi, ¿ por qué, señores, la civilizacion, la sublime civilizacion no ha de ser como todas las demas cosas, puesto que la civilizacion es una cosa, y una cosa nuestra ?

Desde que ese astro se elevó en el Oriente y recorre poblaciones por un cielo de espíritu, ya ajitado y tormentoso, ya sereno y despeja-

do, sus rayos han vivificado y han destruido.

Con la temperatura blanda de la civilizacion, la humanidad se ha debilitado muriendo en ella las pasiones fuertes pero nobles, dejando en su lugar aquellas ambiciones que se realizan por la intriga y por el engaño ; es decir que aquellas tormentas horribles pero pasajeras de la humanidad, han desaparecido, es cierto ; reconozcamos en esto uno de los bienes de la civilizacion ; pero en cambio ya no tenemos esa fuerza de cielo y de atmósfera ; los sentimientos nobles y jenerosos, esos sentimientos que movian la mano de Scevola cuando se la chamuscó por probar el valor de los romanos ; que hicieron á Guzman arrojar el cuchillo para que matasen á su hijo antes que abandonar el puesto de honor que se le habia confiado ; que armaron la púdica mano de Lucrecia para lavar con su propia sangre su des-honor, y que sirvieron de coraza á José que no quiso complementar la frente de Putifar.

Esto no es nada, al fin ; pues la intelijencia se ha robustecido tanto que ha llegado á hacer inmensos descubrimientos. Con la civilizacion hubo uno que inventó la pólvora y otro que inventó los cañones, y otros que los cargaron, y otros que les prendieron fuego, y muchos que murieron y dejaron á sus familias por herencia la antesala del ministerio de hacienda, y la cara seca y estóica (no hablo del corazon) del señor ministro.

Sin embargo la civilizacion ha hecho nuestra felicidad ; tenemos grandes poblaciones con grandes casas, con grandes personajes cuyas ca-



sas nos sirven para guardarnos del frío y vivir con toda comodidad; es verdad que la civilización ha traído el frío y el deseo de la comodidad que antes no teníamos, pero no está malo ¿no es cierto lectores? (hablo con los que tienen grandes casas).

Además de esto, sin la civilización no veríamos esas caritas orgullosas por andar en cuatro patas... de caballo, se entiende... ó porque andan arrastrados... por coches, señores.

Sin la civilización no habría poetas, es decir, no habrían ciertos hombres que os dicen llorando:

“La vida es un martirio  
Sin dicha ni ilusión;  
Que loco en mi delirio  
Gasté mi corazón!”

(y lloran porque lo que han gastado son sus pesos); que duermen sobre las tumbas, tendiéndose en blandas camas;

Que solo á una mujer encantadora  
Han hecho de su amor dueño y señora,

mientras que siguen la pista de la primera que se les presenta á su *vático* apetito, ó van á templar... no su lira, sino su humanidad con el confortable aire de la plaza del Temple, por ejemplo.

Ni habría tampoco hombres políticos.

Es decir los que proclaman igualdad cuan-

do son iguales, y desigualan cuando son mandatarios; que prodigan ideas de economía política cuando no administran, y desadministran cuando administran; que dicen “el deseo de evitar la efusión de sangre,” y al mismo tiempo firman un decreto de sangre.

Sin la civilización no veríamos tan lindas cosas, y por último, no escribiría yo este artículo, lo que para vosotros fuera una verdadera desgracia ¿no es verdad? amabilísimos lectores; decid que sí por amabilidad no mas, que también es fruto de la civilización.

Pero también la civilización ha traído algo malo; mas por fortuna eso malo no entra en el río de la Plata.

Por ejemplo,—las ciencias, las artes, la industria y el verdadero progreso de la inteligencia; es cierto que la civilización no nos trajo á Colon (no haré esa injuria á sus padres) pero por la civilización descubrió un nuevo mundo, abriendo camino por el océano y otras cosas así.

El lujo y todo lo demás, sí, eso sí es digno de nosotros; venga pues la civilización risueña y superficial; las ciencias, pues ponen una cara muy seria, retírense.

Así dijo un petimetre.

La civilización tiene dos caras: una buena y otra mala.

Pues adoptemos la buena.

J. B. GOMAR.

## SECCION MOSAICA.

### Crónica teatral.

Por indisposición que nos ha tenido en cama algunos días, no hemos podido asistir á las funciones teatrales que tuvieron lugar en los días del carnaval; motivo por que no damos en este número la crónica teatral que hemos prometido á nuestros suscritores.

Hasta la próxima entrega no podremos hacer la reseña de *Borrascas del corazón*, que habrá tenido lugar anoche; pero no dejaremos en esta de agradecer á la empresa su deferencia, si es que ha influido en ella nuestra solicitud á fin de que pusiese en escena aquel interesante drama.

### Revolucion hispano-americana.

Terminamos hoy la publicación de este importante escrito de nuestro ilustrado colaborador el Dr. Magariños Cervantes, seguros de que trabajos de esta naturaleza honrarán siempre las columnas de nuestro semanario y nos grangearán la estima de nuestros benévolo suscritores.

Debemos repetir, por lo que puede interesar á su autor, que el escrito del Dr. Magariños, cuya inserción termina en este número, se publicó en Europa estando aun allí su autor.

Fué, como ya hemos dicho, con lo que hizo su adiós al viejo mundo.

Esperamos poder insertar muy pronto otras no ménos importantes producciones de nuestro esclarecido compatriota; porque estamos seguros que no hará alto en nuestra pequeñez para honrarnos con ellas.

### Nombres anagramáticos del sexo femenino.

6.º

Es un nombre *semanal*  
Que exhibe con *lana* el *mes*,  
Oh capricho! y también es  
Compuesto de *nema* y *sal*.  
Llévale ser *humana*  
Que de *belleza* blasona;  
Y aunque este nombre no abona  
El grado de esa *hermosura*,  
No importa! te lo asegura  
Quien la *diera* una *corona*.

Solucion del 5.º

*Mira* a *MARIA* el que *hacia* el *cielo*  
Tiende su *vista* ó *hacia* el *altar*;  
*ELLA* es de *penas* dulce *consuelo*,  
Y eterno *móvil* de mi *pensar*.